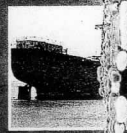


LANZAROTE
La operación de recogida
del carguero en ruinas
'Telamon' se complica



HUNDIDO. RETIRADA. Los precios muy a la baja que desde Asia se están ofertando para la chatarra están teniendo influencia directa sobre el plan de retirada de los restos del *Telamon*, entre Las Caletas y Los Mármoles. La empresa autorizada esperará a que la situación pueda variar.

Memorias de una isla solitaria. Ester Romero es hija de uno de los últimos medianeros del islote, donde vivió hasta los 18 años » Su familia cultivó la tierra como medio de vida hasta los años cincuenta del siglo XX

LA ÚLTIMA MORADORA DE ALEGRANZA

Ester Romero es memoria viva de los últimos moradores de Alegranza. Un agreste paraje en medio del Atlántico, tan sólo poblado por su familia, los medianeros del pequeño cortijo que cultivaban la tierra, la familia del torrero del faro, y un puñado de pescadores. A sus 88 años revive con nostalgia la dureza de aquellos años.

C. DE INZA / ARRECIFE

Nació en 1928, en Haría, y con tan apenas ocho años se fue a Alegranza, donde estuvo viviendo con sus padres y sus cuatro hermanos, como medianeros de las tierras, hasta que cumplió los 18. Allí pasó su infancia y parte de su adolescencia, rodeada de cabras y haciendo las labores del campo. Su madre la enseñó a leer, «yo nunca fui al colegio, aprendí las letras en el periódico de *La Falange*, que nos traía don David, en la falúa *El Bartolo*, que venía cada quince días, a suministrar baterías nuevas para el faro, alimentos para la familia del torrero y para cargar la cebada que cultivaba mi padre, que calculo yo serían unas 100 fanegas de tierra», narra con viveza.

Así recuerda Ester Romero sus años de niñez y mocedad el cortijo de los medianeros de Alegranza, en esta apartada isla del Atlántico, en plena Guerra Civil española. «Eran años duros» explica prolija en datos, «pero sobre todo por la soledad, porque allí sólo vivíamos nosotros, a cuatro kilómetros, la familia de los Palarés, los hijos del torrero, y una veintena de pescadores de La Graciosa, que pasaba largas temporadas en las cuevas pescando y calando. Allí secaban el pescado y cuando tenían suficiente lo llevaban a Lanzarote para vender, compraban gofio, papas, y el dinero que sacaban lo repartían, formaban una sociedad y vivían felices en las cuevas», describe.

«Los inviernos se hacían largos, mi padre plantaba cebada con mi hermana mayor, cultivábamos unas 100 fanegas de tierra», mi madre se quedaba en la casa, el resto de hermanos pasábamos la jornada cuidando de las cabras, para evitar que se comieran la cebada. A las cinco de la mañana, nos levantábamos e íbamos a por las cabras, a la montaña de La Rapadura, donde las llevábamos a que durmieran. A mediodía las ordeñábamos y pasábamos el día cuidándonos hasta que caía la noche. También pescábamos, pulpeábamos, cogíamos lapas y burgaços, que embotellábamos en escabeche y

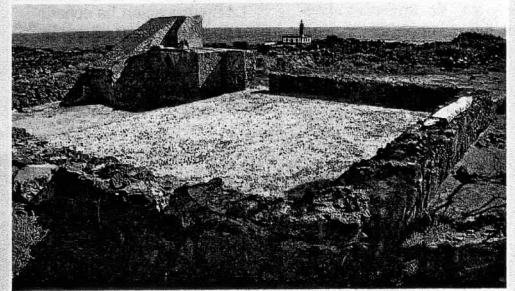
A SUS 88 AÑOS MANTIENE FRESCOS LOS RECUERDOS DE LA VIDA EN EL ISLOTE



CARRASCO

«NO NOS FALTABA DE NADA, PERO HABÍA UNA CIERTA SOLEDAD»

Tras la salida de la familia de Ester Romero de la isla, recuerda que otra familia les sustituyó como medianeros. «Después la isla quedó desierta, salvo grupos de gente que iban de parranda». Fue en Alegranza, donde pasó su infancia y parte de su juventud, aprendió a trabajar la empleita y pese a no ir al colegio, aprendió a leer, a escribir y a bordar. Abajo, vista aérea del faro de Alegranza y el aljibe del cortijo donde vivió.



vendíamos en La Graciosa».

Durante el verano, la familia iba para Lanzarote, si bien «en septiembre volvíamos a la isla; a veces nos juntábamos con la familia del torrero y organizábamos bailes, con mi padre al laúd y mi hermana a la guitarra; no nos faltaba de nada, hacíamos gofio de cebada, teníamos cochinos y una pequeña huerta». Así, hasta alcanzar los 18 años de edad. Después de ellos, según relata la propia Ester, «llegó otra familia a cultivar las tierras, pero creo que fuimos los últimos medianeros de la isla».

«Si se ofrecía algo, prendíamos hogueras para avisar a los de Órzola o La Graciosa»

■ Ester Romero permaneció hasta bien avanzada su adolescencia residiendo en Alegranza con su familia. De aquellos días dice que tiene buenos recuerdos, de años felices, pero de cierta soledad. Allí aprendió a hacer empleita (a trabajar el palmito para hacer sombreras gracioseras, cestas y otros trabajos de artesanía), una tradición que ha seguido manteniendo hasta

estos días, incluso participando anualmente en la Feria Insular de Artesanía de Lanzarote, en Tinajo. Ester recuerda vivencias, como la de las hogueras para comunicarse con Lanzarote y La Graciosa. «En aquella época no teníamos móviles, y cuando se nos ofrecía algo, teníamos que hacer hogueras», explica. «Así, si queríamos volver a Lanzarote, encendíamos

una hoguera, manteníamos el fuego hasta que en Órzola o La Graciosa nos respondían haciendo otro fuego y al día siguiente venía un barco», explica. «Si se ponía alguien enfermo, encendíamos dos, y si moría alguien, encendíamos tres. Por suerte, nunca, en los años que estuve allí, hubo que encender dos o tres hogueras», describe con una gran sonrisa.